

## PRÓLOGO

### ESTADOS UNIDOS EN EL EXTRANJERO CERCANO

Mucho antes de que Estados Unidos se volviera un gran poder, no digamos un superpoder o el único hiperpoder como se lo considera ahora, manifestó un fuerte interés por el resto de las Américas. Por lo mismo, muy pronto se perfiló como una sombra amenazante en el horizonte de los países recientemente independizados de América Latina (a partir de 1820). No obstante, el papel de Estados Unidos en América Latina en el siglo XIX no tuvo gran importancia para el resto del mundo (a pesar de —más que debido a— la Doctrina Monroe de 1823) o para la conformación del sistema internacional. En efecto, discutiblemente no ha sido éste el caso, salvo las cuatro décadas de la Guerra Fría, de 1949 hasta 1989.

Sin embargo, la Guerra Fría significó que Latinoamérica protagonizara episodios de gran riesgo internacional, producto de las tensiones de la región, y que actuaban como heraldos de un comportamiento similar en otras partes del mundo. Por un lado, la crisis de Cuba en 1961-1962, y en Nicaragua y El Salvador en la “segunda Guerra Fría”, entre 1979 y 1985, amenazaron la seguridad de todo el mundo debido a una posible escalada del conflicto entre los superpoderes, que pudo incluso haber derivado en una guerra nuclear. Por otro lado, Estados Unidos usó el miedo a la Unión Soviética (ya fuera real o exagerado) como una justificación para la continua intervención en los asuntos internos de los Estados de la región, a pesar de las crecientes normas de descolonización que él mismo había promovido. Las acciones en Guatemala, Cuba, República Dominicana, Chile y El Salvador, por nombrar sólo a los países más importantes, son ejemplo del fuerte sentimiento de derechos especiales que tenía Estados Unidos sobre el “extranjero cercano” (*near abroad* —una expresión que, desde luego, Washington no usaba excepto en relación con Rusia—) y un modelo para las guerras indirectas con la Unión Soviética, a través del tercer mundo.

Estas acciones constituyen ejemplos de uno de los problemas centrales de las relaciones internacionales y la política exterior modernas, a saber, las intervenciones. Los derechos, errores e inviabilidad de la intervención han sido debatidos desde los escritos de John Stuart Mill en el siglo XIX, y son particularmente pertinentes en una época en la que la ideología y la *Realpolitik* despliegan tendencias universalistas. Aun así, no se pueden entender en términos simples, y ciertamente no mediante factores únicos de explicación. El papel de Estados Unidos en Latinoamérica tiene algunas continuidades históricas importantes, pero también ha evolucionado, y sólo una perspectiva histórica puede hacer justicia a ambas tendencias. De igual manera, un buen análisis de política exterior de las posiciones de Estados Unidos necesita reunir elementos de *Realpolitik*, geopolítica, ideología y políticas internas, por lo menos, de preferencia filtrados a través del lente de la toma de decisiones.

La gran virtud del análisis del libro de José Luis Valdés Ugalde sobre la intervención en Guatemala en 1954 es que es sensible a la necesidad de dar una imagen comprehensiva de las acciones de Washington, tomando en cuenta tanto los factores internos como externos, las dinámicas locales y las internacionales, así como las relaciones de poder y los temas del discurso. En efecto, sin caer en la trampa de un constructivismo no empírico o un posmodernismo, sitúa al discurso y la mentalidad de la política exterior de Estados Unidos en los años cincuenta en el primer plano del análisis, mostrando precisamente cómo ambos reflejaban las estructuras de poder y —al articularse— daban forma a la concepción de problemas políticos tales como el que presentaba Arbenz.

La intervención de Estados Unidos en Guatemala en 1954 rápidamente se convirtió en un mito, en el sentido de que parecía compendiar una arrogante insensibilidad a las condiciones locales y al derecho de un pueblo a tomar sus propias decisiones. La democracia debía ser contingente a la proximidad del superpoder, al estado de las políticas internacionales de poder y a la capacidad de un pueblo para elegir “correctamente” su gobierno. Esta serie de actitudes fue aun más característica de la política exterior soviética que de la estadounidense, pero sigue siendo evidente en las políticas internacionales de éste último país después del final de la Guerra Fría y la desaparición del Otro comunista. La presión permanente sobre Cuba, las persistentes (aunque torpes) intervenciones en Haití y la creciente intromisión en Colombia son ejemplos claros del tenaz ejercicio de un derecho de señor feudal regional por parte de Washington. Más allá

del hemisferio occidental se ven funcionando los mismos instintos hegemónicos (incluso antes del 11 de septiembre) en Somalia (brevemente), en los Balcanes y en el sur del Cáucaso.

Aun así... también muchas cosas han cambiado. Cuando examinamos en detalle las actitudes de 1954, como las revela la penetrante descripción de José Luis Valdés Ugalde, podemos ver que las inseguridades y simplezas de este periodo temprano de la Guerra Fría han desaparecido en gran medida. Como resultado del trauma de Vietnam y la expansión gradual de la democracia en América Latina, así como del colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos ya no se siente tan fácilmente amenazado por demandas tan moderadas como la reforma de la tenencia de la tierra y el alivio a la pobreza. Los dictadores ya no están en boga. Para los años noventa, al menos, los “Estados descarriados” no se definían simplemente como aquellos que buscaban incorrectamente formas colectivas de desarrollo político y social, sino que también debían tener una política exterior amenazante y contar potencialmente con “armas de destrucción masiva”. Una de las muchas consecuencias trágicas del 11 de septiembre es cómo se revirtió esta tendencia, con Estados Unidos refugiándose en una postura de hostilidad y sospecha hacia el mundo exterior y teniendo muy poco aprecio incluso por la coexistencia con diferentes tipos de sistemas sociales, no digamos tener una cooperación activa con ellos.

Por lo tanto, aún después de cuarenta años durante los cuales el “síndrome Guatemala” ha ido desapareciendo gradualmente, existe el gran peligro de que se reavive con creces. Se percibe la amenaza en los lugares más improbables, el derecho a ser diferente se desafía cada día, y la reforma social (hoy bajo la forma de “construcción nacional”) es despreciada a favor de la aplicación directa del poder. Por fortuna, estas tendencias todavía no son particularmente evidentes en el hemisferio occidental, pero una vez que Fidel Castro deje el poder en Cuba, quién sabe qué tentaciones (y presiones internas) prevalezcan en Washington.

Sabemos que la historia nunca se repite exactamente (ni siquiera como farsa); por lo tanto, sería tonto tratar de extraer lecciones de los errores pasados. Habrá también quienes no consideren la intervención de Estados Unidos en Guatemala en 1954 como un error. Pero sería perverso no usar la única base de datos que tienen los científicos sociales, la historia. Necesitamos estudios analíticos detallados, como el de este libro, si queremos entender cuán fácil es para un gran poder atropellar, o simplemente ignorar, las condiciones locales en los pequeños Estados vulnerables a su

influencia, y cómo una intervención casual puede sentar modelos tanto de acción como de reacción, que podrían luego causar problemas por generaciones. Los mitos, para bien o para mal, con frecuencia se crean por accidente, y el de Guatemala en 1954 le ha hecho a Estados Unidos por lo menos tanto daño —al perjudicar su reputación— como ha servido a sus intereses más concretos. Si vamos a entrar realmente a una era en la cual la idea de imperio va a recobrar su legitimidad, con Estados Unidos como su principal instrumento, entonces todos nosotros —y no sólo quienes toman las decisiones en ese país— necesitamos un agudo entendimiento de qué significa un imperio, tanto éste en particular como en lo general. José Luis Valdés Ugalde nos ha hecho un gran servicio aquí, al situar el importante caso particular de Guatemala dentro de la inmensamente importante generalidad de la política exterior y la ideología de Estados Unidos.

Christopher HILL

The London School of Economics and Political Science  
Junio de 2004